

10-5-97

El Baratillo

ALBUM DE RECUERDOS

ESCRIBIÓ Menéndez Pe-
layo, referido a los siglos
dorados españoles, que enton-
ces «pululaba un enjambre de
beatos milagrosos
y de monjas ilumina-
das, cuyos des-
varios exceden a
cuanto puede
soñar la locura
humana». Con
respecto a estas
últimas, pude
comprobarlo al
hacer, para un li-
bro aún inédito,
una relación bien
nutrida, de la que
destaco hoy, como
ejemplos, a doña



Micaela Aguirre, profesa en el
convento de la Madre de Dios,
de Valladolid, quien tenía fre-
cuentes encuentros con Satanás;
éste «daba manotadas tan pesadas y crueles que
no es fácil explicarlas bien
con palabras». Estando esta
sierva de Dios recogida de no-
che en su propio lecho, según
su testimonio, venía el demonio
en figura de un caballo
bien herrado, se ponía de pie
sobre Micaela y, haciéndose
el pesado, la pisaba y maltrataba
a modo de un potro
bravo e indómito.

Sor Isabel de los Angeles,
de Villacastin, declaró -hacia
1585- que, una vez en el con-
vento, sufrió diabólicas ase-
chanzas: «Estando una noche
en su celda, entró por la ven-
tana una fea y negra ave
dando pavorosos graznidos y,
revoloteando sobre su cama,
le causó tan terrible espanto
que la santa virgen no pudo
dudar ser el demonio.»

Sor Mariana Francisca de
los Angeles, madrileña ella,
escribe en sus Memorias:
«Sentí que me metían en la
cabeza un bonete de fuego,
que me apretó de modo que
perdí el sentido. Por las nari-
ces me metían unos humos de
azufre que me hacían reventar.
En la boca, una grande
piedra y luego me sacaban
con grande furia.»

Sor María de la Antigua,
que nació en Cazalla de la
Sierra el 25 de noviembre de
1566, tomó el hábito a los
trece años en el convento de
las Clarisas de Marchena,
donde le ocurrió, según ella,
como que «of dar terribles au-
lidos a unos gatos y llegué a
ver lo que podía hacer:

que te pese», y tomándole en
las manos, como todavía
hablara, le di tantos golpes
que le quebré la cabeza y él
hacía sentimien-
tos grandes, sin
negar que era el
demonio».

Sor Jacinta de
Antoñdo, natu-
ral de Valtierra,
donde nació el 11
de septiembre de
1645, profesó en
el monasterio de
Santa Clara, de
Teuste. Siendo
muy joven, el de-
monio dio en per-
seguirla, costum-

bre que continuó en la clau-
sura: «Estando en su retiro
-refiere el crédulo fray Anto-
nio Arbiol-, vio en tierra su
compañera un animalejo dis-
forme, y toda alterada le dijo:
“¿No ve, señora, qué saban-
dija?” Volviéndose Jacinta
hacia donde estaba el anima-
lejo, le dijo riéndose: “¿Qué
buscas aquí, salvaje? Aguar-
da, que yo te daré lo que me-
reces”, y tomando un hisopi-
llo con agua bendita se fue
para él y al instante se hizo
como un sapo, arrojando por
la boca otra sabandija fuera,
y a una y a otra les hizo salir
sin turbarse.»

Doña Marina de Escobar,
nacida en Valladolid el 8 de
febrero de 1554, desde muy
niña comenzó a tener visio-
nes. Las del diablo fueron nu-
merosas y espectaculares:
«Se me mostró en forma de
hombre negro y fiero, en pie,
los brazos delgados, como ju-
mento, con muchos cuerneci-
llos en la cabeza y una cola
muy larga que llegaba hasta
el suelo. Otra vez le vi que es-
taba haciendo visajes y torci-
mientos con el cuerpo y ca-
beza, y metíala por medio del
cuerpo y sacábala por las es-
paldas, y luego quedabase
puesta en su lugar. Otras ve-
ces se me apareció en forma
de toro y hacía del que quería
acometerme. Otra invención
hizo para atormentarme,
llenándome el vientre de sa-
bandijas vivas, que bullían
allí dentro, y las veía tan cla-
ramente con los ojos del alma
como si las viera con los del
cuerpo.»

Son algunos ejemplos de es-
tas pobres visionarias, a las
que tenían que soportar los